

El ama de casa es fundamental para reducir la brecha digital. La Sra. Pepa ve Internet por la *tele*

—¿Sabéis cuál podría ser la solución más inmediata?, ¡y no os lo digo de coña! —ahora es Jorge quien hablaba—: que el ama de casa tome cartas en el asunto.

Todos le miraron con cierto gesto entre incrédulo y atónito.

—Al decir ama de casa me refiero a esa madre, incluso abuela de cuarenta y tantos años en adelante que sigue el modo de vida tradicional. Me voy a explicar: el hipotético escenario sería la familia en el que la mujer trabaja sólo en la casa, que no es poco, y no quiere trabajar fuera porque asume perfectamente su rol de ama de casa. Es el que quiere y se siente muy a gusto con la labor que desempeña. Su marido tiene trabajo estable, el piso se encuentra pagado y seguramente viven todavía con ellos uno o más hijos. No tienen excesivos gastos, incluso ahorran y disfrutan de la vida principalmente en su hogar viendo *la televisión*, —Jorge enfatizó esta palabra— y saliendo de vez en cuando para cumplir compromisos familiares o simplemente a pasear tomándose algunas cervecitas con raciones en los bares conocidos.

—¿Y qué tiene que ver eso con las nuevas tecnologías?

—Espera, no he acabado. Vamos a calcular cuánto tiempo de promedio pasa esa familia tipo viendo la televisión en casa. La mujer, pongamos una horita por las mañanas. A la hora de comer, la familia completa un par de horas, que la mujer alarga otras dos ya que los demás se van. Por la noche, por lo menos el matrimonio, otras tres horas si no es más. En el reparto, el ama de casa lleva la mayor parte con ventaja. Ahora, imaginemos que en ese aparato de televisión pantalla plana, color metálico y ultramoderno de grandes dimensiones, además de estar “zapeando” entre no se cuántos canales para ver en casi todos lo mismo, resultase que también estuviera conectado a internet: ¿qué podría suceder?

La concurrencia se mantuvo callada dubitativamente mientras Jorge se dirigía a unos y a otros con mirada inquisidora.

—Pues sencillamente que la “señora Pepa”, con sus 58 años a la espalda, descubre que en vez de estar “tragándose” por enésima vez la misma película, puede ver a su nieto a través de la webcam mientras al mismo tiempo habla con la hija mediante un programa de Voz IP. Pero no para ahí la cosa. Resulta que ha aprendido a utilizar el correo electrónico y acaba de recibir una foto digital de su hijo militar destacado en no sé qué país, y, a continuación, le contesta “ordenándole al niño” —el niño tiene 30 años— que “coma más, que le encuentra un poco delgado”, y añadiendo que ya ha visto el video que hay en su página web en el que se le ve conduciendo un “tanque”, y que tenga

cuidado con esos “cacharros que los carga el diablo”. Además, comprueba el cupón de “la ONCE”, rescata aquella receta de cocina olvidada, mira la cuenta del banco para ver si ya le han pasado la VISA, busca en la web de la Agencia Tributaria el estado de su declaración de la renta, cuenta las visitas que ha tenido la venta de la “bici” que su hijo ya no utiliza y que pensaba tirar o regalar hasta que descubrió, gracias a una vecina, que podía ponerla a la venta en internet y gratuitamente. Desde entonces no ha parado de vender cosas que “lo único que hacían era ocupar espacio” y gastarse lo que recauda con esa misma vecina en casas rurales para pasar el fin de semana los dos matrimonios sin que ellos (los maridos) suelten “ná de parné”. Resulta que, sin darse cuenta, el conocimiento y uso de internet les estaba cambiando un poco la vida. En vez de reuniones de “tupperware” se hacían reuniones para enseñarse unas a otras cómo se manejaba internet en la tele y las web interesantes que descubrían. La señora Pepa sucumbió a los encantos de la red cuando le enseñaron a buscar y descargar, por poco dinero, esas antiguas e inolvidables canciones que llevaba años buscando. Desde entonces ella había aportado a esas reuniones de “sabiduría popular” una web que traducía del “inglé”, que es la “lesse niña”, como la describía con su gracejo gaditano y otra que proporcionaba un curso sobre técnicas de relajación con vídeos “on line” sobre hipnosis y sofronización. —Jorge concluyó su puesta en escena y continuó— Evidentemente, en los hogares de las “señoras Pepa”, el uso y disfrute de las nuevas tecnologías llegará cuando se pueda acoplar a la “tele” un decodificador que transforme adecuadamente la señal. Después, simplemente, se conectará teclado y ratón, y ya está. De esta forma eliminaremos el ordenador, ese “artilugio con un montón de conceptos extraños” que decía antes Julio y que para nada le hace falta a la “señora Pepa” para “enrollarse” con la red.

—Estoy asombrada con tu capacidad de imaginación. Según lo contabas parecía que estaba viendo a la señora Pepa con su grupo de amigas “vacilando” en la red, como en el nuestro hacemos en ocasiones. Pero ahora voy más allá y me pregunto y os pregunto a vosotros: ¿por qué esto no está puesto en práctica desde ayer?, ¿qué coño pasa?, ¿se estará privando intencionadamente a las señoras Pepa de unos derechos sociales para no perjudicar a importantes grupos económicos con intereses publicitarios?

—Pues quizá sea eso, o quizá sea por desconocimiento de los responsables que tienen que poner estas actuaciones en práctica; el caso es que por unas u otras razones siempre pagamos el pato los mismos, los ciudadanos de a pié. Así es que apunta eso para vuestra campaña electoral... ¡Ah!, y otra cosa: internet gratuito como servicio público que es. Que la red en España se pague con los impuestos que se recaudan, como si fuera el alumbrado de las farolas, las carreteras, la sanidad o la educación... —dijo José.

—¿Y las empresas que se ganan la vida vendiendo internet? —respondió Julio.

—Coño, pues siguiendo esa regla de tres, todavía iríamos en diligencias tiradas por caballos...

—Mejor estaríamos, no habría tantos muertos en carretera.

—No desvariemos... Se podría tener un acceso básico gratuito y para quien quisiera más prestaciones o más velocidad estarían las empresas de pago —intervino Adal.

—¡Me cago en la leche! ¡Eso es ser un buen político amor mio! De verdad que ganas me dan de montar ese partido que en cachondeo proponéis...

Fragmento *explorcata* de la novela Españ@.es, del autor Antonio J. Nevado * Edición en Internet *